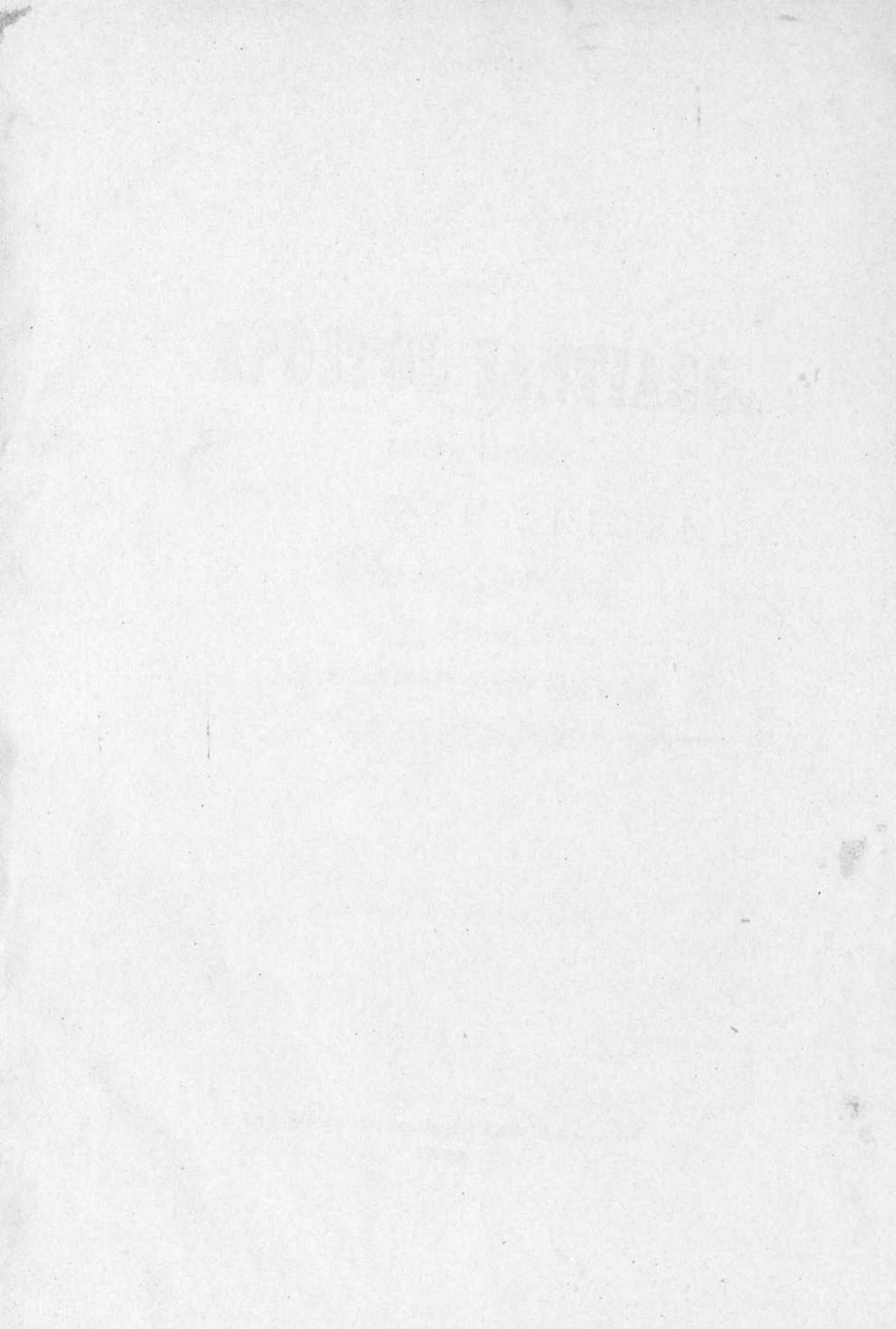


8.

ALTAR DESANTIAGO





ALTAR Y CRIPTA
DEL
APOSTOL SANTIAGO,

RESEÑA HISTÓRICA
DESDE SU ORIGEN
HASTA NUESTROS DÍAS

POR EL M. I. SEÑOR

LIC. D. ANTONIO LÓPEZ FERREIRO

Canónigo de la S. I. M. de Santiago y Académico correspondiente de la de la Historia.

(CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA).

COMPOSTELA:
Imp. y Enc. del Seminario Conciliar Central
1891

ALTAR Y CRIPTA
DEL
APOSTOL SANTIAGO.

RESEÑA HISTÓRICA
DESDE SU ORIGEN
HASTA NUESTROS DÍAS

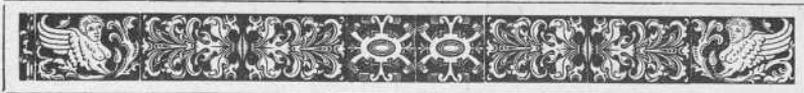
POR EL M. I. SEÑOR

LIC. D. ANTONIO LÓPEZ FERREIRO

Canónigo de la S. I. M. de Santiago y Académico correspondiente de la de la Historia.

(CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA).

COMPOSTELA:
Imp. y Enc. del Seminario C. Central
1891



AL PIADOSO LECTOR

LA reciente elevación de las Sagradas Reliquias del Apóstol Santiago, no podía ser un acontecimiento que quedase sin resultados y consecuencias, así en el orden moral, como en el material. No es ahora nuestro objeto el detenernos á resumir los primeros, que serán tanto más excelentes y copiosos, cuanto más dignas se hagan las generaciones, que el fausto acaecimiento han presenciado; el indicar ligeramente los segundos es la modesta tarea que en este momento nos proponemos.

Los sabios y celosos Prelados que desde aquella época han ocupado la insigne Sede Compostelana, en medio de los múltiples y abrumadores cuidados que impone el cargo Pastoral, no cesaron, de acuerdo con su respetable Cabildo Metropolitano, de atender con particular esmero á la mejor, más rica y más apro-

piada custodia y presentación de tan inestimable tesoro. Su primer pensamiento fué hacer salir de entre los escombros los restos que nos quedasen de aquel edificio construído para guardar los mortales Despojos del Apóstol Santiago; de aquel edificio que surgió sobre la tierra como una de las primeras manifestaciones del Cristianismo, esto es, de la acción del espíritu de Dios que obra inmediatamente sobre el Universo; de aquel edificio elevado como testimonio perenne de la especial vocación de España á la verdadera Fe; de aquel edificio, en fin, que nos habla el más tierno de los lenguajes, el de los recuerdos de un padre amoroso que muere, pero sin desprender jamás de entre sus brazos á sus queridos hijos.

A esto han obedecido los trabajos que, desde el tiempo del Emmo. Sr. Cardenal D. Miguel Payá, dejaron completamente expeditos los corredores que rodeaban el sagrado recinto, y despejado el interior del mismo. Para ello fué indispensable el desmontar el altar antiguo, es decir, el altar que había sido construído á principios del siglo XII por D. Diego Gelmírez, y ensanchado á mediados del siglo XVII, y colocar provisionalmente otro de madera, que subsistió hasta estos últimos días.

A fin de facilitar el acceso al venerando lugar, estando ya Electo para esta Sede Metropolitana el Excmo. Sr. D. Victoriano Guisasola, que tan prema-

turamente arrebató la muerte al cariño de sus diocesanos, se abrieron las dos puertas de bronce que comunican con la nave del deambulatorio. Se introdujeron además algunas mejoras en lo que toca al decorado de la cripta y al mayor culto de las santas Reliquias.

En todas estas obras se presentaba un problema de no siempre fácil solución; cual era el de conciliar la conservación de las antiguas formas del monumento, con lo reducido del lugar, y las exigencias del culto.

No negaremos que quizás serían excogitables otros medios más adecuados para resolver el problema propuesto; pero dados los recursos con que desde un principio se pudo contar, la solución adoptada reviste todas las condiciones de práctica y asequible.

Dos cosas, no obstante, de importancia, y aun si se quiere de urgencia, restaban por hacer; el sustituir con un verdadero altar fijo, digno de la Apostólica y Metropolitana Iglesia, el provisional de madera que realmente sólo podía considerarse como altar portátil; y revestir convenientemente el recinto en que se destacaba la preciosa Urna guardadora del Legado que nos dejó nuestro Padre en la Fe. Á ambas cosas puso mano, secundado eficazmente por su ilustre Cabildo, el celoso Pastor, que con tan paternal solicitud rige hoy esta Iglesia; y el exponer y describir las obras que á tal intento se han ejecutado, es lo que, con la debida separación, haremos en los siguientes párrafos.



I

Altar nuevo de Santiago.

CUANDO el Profeta Malaquías puso en boca del Señor de los Ejércitos aquellas memorables palabras: *En todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre una oblación pura* (1); ¿quién diría que este apartado confín de la tierra había de ser uno de los sitios en que primero vibrasen los ecos del famoso vaticinio? Y así fué, en efecto; y en este lugar quizás antes que en ningún otro de toda la Europa Occidental, se levantó un altar en que se ofreció una Hostia pura al Señor de los Ejércitos. Todavía se conserva este altar, que en su pobreza y rusticidad revela los oscuros orígenes del Cristianismo; de aquella Religión, que nació en un establo, se consumó en un patíbulo y contó como princi-

(1) Cap. I, v. 11.

pales agentes de propaganda á doce rudos y sencillos pescadores.

Consta el altar de tres piezas (fig. 1.^a); de un plinto ó tablero cuadrangular de mármol blanco, simplemente desbastado, de 40 centímetros de largo por 34 en ancho; de un capitel también de mármol del propio color,

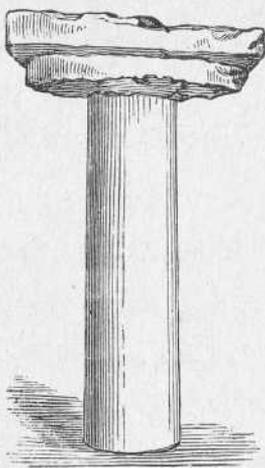


FIG. 1.^a—Altar primitivo de los discípulos del Apóstol Santiago.

de 5 centímetros de altura, de no más esmerado trabajo y sin otra moldura que un equino; y de un trozo de granítica columna de 64 centímetros de alto por 20 de diámetro. Al verlo en su tosquedad y en su pobreza vénese á la mente el recuerdo de aquella piedra de que habla Daniel (1), la cual desprendida y despeñada de lo

(1) Cap. II, v. 34 y 35.

alto de un monte allanó todo cuanto encontró á su paso, y se convirtió en una gran potencia que ocupó toda la tierra.

Y ciertamente, al poco tiempo, pero dentro de la edad Apostólica, aquel altar fué sustituido por otro algún tanto mayor, *aliam arulam aliquantisper majoratam*, como dice la Compostelana (1), que permaneció en el sitio del otro hasta el año 1105, en que D. Diego Gelmírez, siendo aún Obispo, construyó otro nuevo altar mucho más extenso y suntuoso. Componíase el altar intermedio (fig. 2.^a) de dos piezas de mármol, que pasaron á la próxima Iglesia de San Pelayo de Antealtares, en donde se conservan (2). Entre tanto, en torno del sitio en que se había levantado el altar primitivo, ya ensanchado y agrandado, acudían gentes de todos los confines del mundo entonces conocido, y allí se postraban y rendían sus corazones ante la sagrada Hostia inmolada en tan santo lugar. Es que la tosca piedra desgajada del monte se había convertido ya en gran fuerza moral, que movía y arrastraba al mundo.

El altar de D. Diego Gelmírez permaneció sin sufrir alteración notable hasta el año 1668, en que el

(1) Lib. I, cap. 18.

(2) En los *Recuerdos de un viaje* de los Sres. P. Fita y Fernández Guerra, pág. 61-64, puede verse una exacta y cumplida descripción de estas dos piezas. Fué reproducida esta descripción en la obra monumental sobre la *Misa* publicada en París por el eminente Arqueólogo católico Rohault de Fleury.

pésimo gusto dominante de la época invadió la Capilla Mayor, y la revistió tal cual hoy se ve. Entonces del altar del siglo XII no quedó más que la gran losa granítica que servía de ara. Los apoyos que la sostenían



FIG. 2.^a—Planta y altar de Santiago conservado en la iglesia de Antealtares.

fueron sustituidos por un pesado muro revestido de chapas de mármol negro y colorado, y abierto por tres arcos en el frente y dos en cada costado; los bordes fueron picados para que mejor pudiese aplicarse el revestimiento. Se la ensanchó, eso sí, por los dos lados

para obtener una mesa extensa y dilatada, como las que gustan aún hoy día.

Tal era el altar que se desmontó el año 1879 para construir la techumbre de la cripta que está debajo. En ésta se colocó la losa, para conservarla y para que continuase sirviendo de sagrada mesa. Pero ya no podía permanecer por más tiempo el altar provisional que se había construído en dicho año; ya era hora de que se le reemplazase por un altar que estuviese en consonancia con la grandeza y magnificencia del templo. Y esto fué lo que no há muchos días tuvimos la fortuna de ver completamente realizado; esto fué lo que vino á consumir nuestro Excmo. y Revmo. Arzobispo Dr. D. José Martín de Herrera, cuando el 10 de Febrero del corriente año, con gran gozo de su corazón, consagró el nuevo altar que se levantaba en el mismo sitio que el erigido en los albores de la Iglesia.

Mas ya que se trata de un objeto de tanta importancia, justo es que nos detengamos algunos momentos para dar cuenta de su forma y de su composición artística. El estilo que se ha elegido para modelarlo, ha sido el románico-bizantino del tercer período. Tres poderosas razones aconsejaban esta elección. Consistía la primera en que siendo dicho estilo el propio de la Santa Iglesia Catedral, parecía lógico el que con él estuviese conforme el del altar mayor. Además, el estilo románico-bizantino es en la Arquitectura, lo que el género

diatónico es en la Música. Así como este género por lo grave, lo mesurado, lo solemne de sus melodías es el más á propósito para el templo; así el estilo románico-bizantino por lo sobrio, por lo severo y por el tranquilo reposo de sus líneas, es el más acomodado á los monumentos religiosos. En tercer lugar, si en Arquitectura, lo mismo que en cualquiera otra rama del Arte, estilo propiamente dicho, es el conjunto de tradiciones que de edad en edad nos fueron trasmitiendo los maestros acerca de la manera de considerar las formas arquitectónicas en relación con la belleza y con lo que se llama *carácter*, tal vez entre todos los órdenes y estilos ninguno para nuestro objeto reúna esta circunstancia como el románico-bizantino, que nació y se formó lentamente en el seno de la Iglesia; se fué sucesivamente adaptando á sus usos y exigencias, se desarrolló bajo la dirección de maestros en su mayoría religiosos, y se perfeccionó y embelleció con ricas y armoniosas combinaciones modeladas casi todas según los ideales cristianos.

Consta el altar de cuatro piezas de mármol (fig. 3.^a); una horizontal que es la que hace de mesa y de ara; y tres verticales que le sirven de sostén por la parte anterior y por los dos costados. La horizontal es de mármol blanco de Carrara ligeramente vetado de gris; mide 3'10 m.^s de largo por 1'99 m.^s de ancho y 0'06 m.^s de espesor. Las verticales son de mármol de *bardillo* de

Italia; y sus dimensiones guardan relación con las de la horizontal; tienen, por tanto, la anterior 3 metros, y las de los costados cerca de 2 metros. Su altura es de 1'03 metros por 0'14 m.^s de espesor.

Tienen las tres piezas verticales un mismo motivo de ornamentación, que consiste en una arcada abierta con sus arcos algún tanto peraltados, sus capiteles de

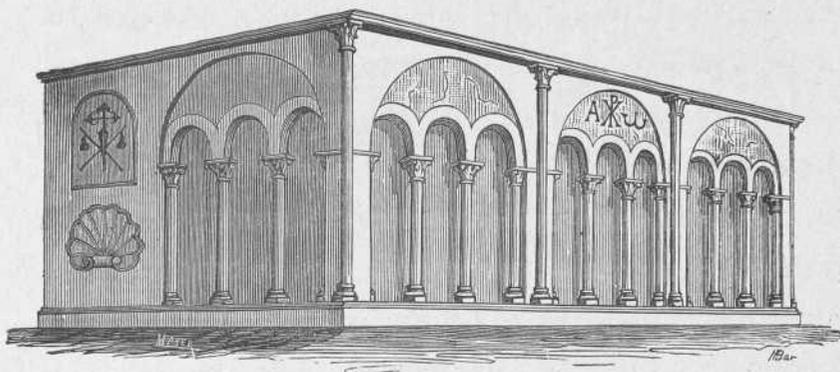


FIG. 3.^a—Mesa de altar construída últimamente.

variado follaje y con la imposta característica que recorre todo el perímetro de la mesa, sus fustes ligeros y esbeltos, y sus bases compuestas de dos toros separados por una escocia. Todo descansa sobre un zócalo liso para que más fácilmente pudiesen aplicarse los frontales movibles que por ventura hubiese necesidad de poner.

La parte anterior está dividida en sentido vertical en tres compartimientos separados por columnas de mármol negro de Bélgica incrustadas en el bardillo. En

cada compartimiento se abren tres arcos sostenidos por esbeltas columnas, é inscritos en otro arco mayor que les sirve como de marco. En el tímpano de este arco mayor vese embutida una chapa de mármol rojo de Italia, la cual forma como un dintel curvilíneo. En el compartimiento del medio dicho tímpano hállase realizado por cuatro letras de oro, dos enlazadas, que son las iniciales griegas del nombre inefable de Cristo, en el centro, y otras dos, que son las apocalípticas *alfa* y *omega*, á los lados.

Continúase el mismo motivo de ornamentación calada por ambos costados formando en cada uno un compartimiento igual á los de la parte anterior. Después los costados se cierran, y aparecen divididos en dos zonas horizontales, separadas por una sencilla imposta; en las cuales están esculpidos de relieve los atributos del Apóstol; á saber, la concha, el bordón y la cruz de Santiago.

En el hueco que queda debajo de la mesa del altar se ha conservado, según estaba, el cenotafio de mármol que se hizo á fines del siglo XVII como monumento elevado á la memoria del Apóstol Santiago y como signo indicativo del lugar de su sepultura. Puede aún notarse también en el muro á que está arrimado el altar, la forma y la altura de la antigua cavidad sepulcral, que se deshizo al tiempo de la poco afortunada restauración de mediados del siglo XVII.

Tal es á grandes rasgos el moderno altar de San-



Imagen granítica del Apóstol Santiago en el altar mayor de la Catedral Compostelana (siglo XIII).

tiago, último eslabón de aquella cadena que une en un

mismo sentimiento la presente generación con la que fué alumbrada con los primeros fulgores del Cristianismo; imagen viva de aquella fe siempre antigua y siempre nueva, que regenera y vivifica el mundo; símbolo en cierta manera de la eterna eficacia de aquel incruento sacrificio en que se reproduce por vía inefable la sangrienta escena del Calvario. Pocos altares habrá en la Cristiandad que reúnan, como éste, la circunstancia de evocar por su emplazamiento tantos recuerdos, los recuerdos de los orígenes de la Iglesia, de sus luchas, de sus persecuciones, de sus triunfos, y, en una palabra, de todas sus vicisitudes, tantas cuantas comprende un ciclo de diecinueve siglos.





II

La Cripta del Santo Apóstol.

PARECÍA natural que el país, cuya evangelización había caído en suerte á uno de los Apóstoles primeramente llamados por el Salvador, fuese también de los primeros en recibir la luz del Evangelio. Así sucedió, en efecto; y si San Pablo, escribiendo á los Romanos, pudo decir, con toda verdad, que *su fe era anunciada en todo el mundo* (1), y que *la palabra de los enviados del Señor había llegado ya á los confines de la tierra* (2); si dirigiéndose á los Colossenses, pudo añadir que *el Evangelio fructificaba y crecía en todo el mundo* (3) no cupo pequeña parte en este memorable acontecimiento á Santiago Zebedeo, el cual llevado de su celo voló á estas regiones de la *Última Hesperia*,

(1) *Ad Rom.* I. 8.

(2) *Ad Rom.* X, 18.

(3) I, 6.

para que cuanto antes en ellas fuese conocido el nombre del Redentor. En breve consumó su carrera el Hijo del Trueno; y si grande fué el ardor é intrepidez del soldado, pronta fué la recompensa del Monarca; mas Santiago halló medio de continuar después de muerto su apostolado enviándonos sus cenizas, que como celestial fermento comunicasen á esta dichosa tierra aquel celo y

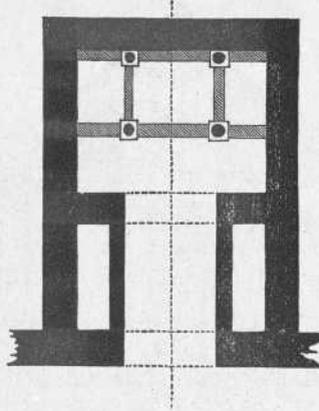


FIG. 5.—Planta de los muros interiores del mausoleo (hoy cripta) de Santiago. Lo marcado con líneas diagonales indica la obra nueva.

aquel apego á la verdadera fe, que la distinguen entre todos los pueblos del mundo.

Tal es el personaje cuyo monumento sepulcral se ha terminado de decorar en estos últimos días. Los discípulos á quienes se dió el encargo de dar conveniente sepultura á los Restos venerandos de Santiago, no habían de confiarlos á una humilde huesa como las propias del común de las gentes, sino que según su posibilidad y

según lo que permitían las circunstancias, procuraron erigir sobre la tumba de su Maestro un monumento que indicase la importancia y calidad de la persona allí sepultada. De este monumento se conserva aún casi intacta la planta (fig. 5); y á juzgar por dato tan claro y manifiesto, su forma debía de ser muy parecida á la de los monumentos funerarios de Absalón y de Zaca-



FIG. 6.—Sepulcro de Zacarías en el valle de Josafat.

rías (fig. 6), que todavía pueden hoy visitarse en el valle de Josafat, cerca de Jerusalén, ó contemplarse en las vistas y dibujos de cualquiera obra ilustrada sobre la Tierra Santa. Redúcense ambos monumentos á un cuerpo de fábrica de planta cuadrangular, cuyo paramento exterior está adornado de pilastras ó semicolumnas. El de Absalón termina con un cono abocinado, y el de

Zacarías con una pirámide. Guiado sólo por la planta el distinguido arquitecto Sr. Velázquez, trazó la restauración conjetural de nuestro monumento, la cual presenta grandes analogías con los de Absalón y Zacarías, como puede verse en el grabado que á la pági-

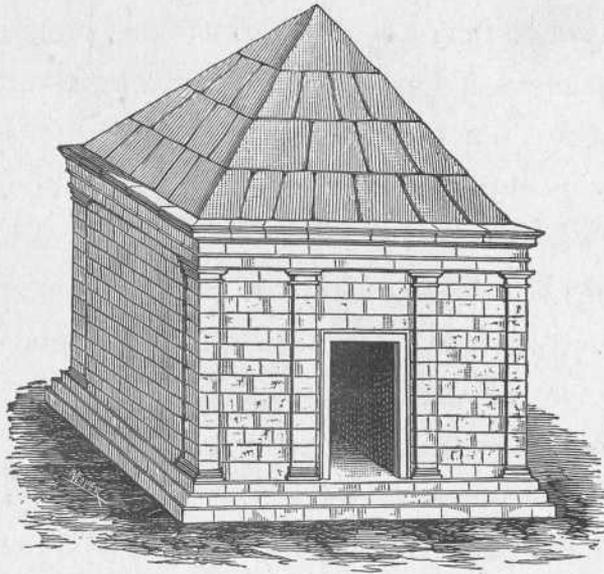


FIG. 7.—Restauración conjetural del mausoleo de Santiago.

na 76 publicaron los Sres. Fernández Guerra y P. Fita en sus tan apreciables *Recuerdos de un viaje* (fig. 7).

Esta forma típica de monumento funerario era muy conocida y usada desde la más remota antigüedad. Baste citar las *mastabas* de los Egipcios del Antiguo Im-

perio, las cuales venían á ser, (y no deben confundirse con las grandes Pirámides, que eran las tumbas de los Faraones de las primeras dinastías), una pirámide de cuatro lados y de ocho metros de altura por término medio. Tales pirámides estaban divididas interiormente en tres compartimientos; el 1.º era la capilla ú oratorio; el 2.º el lugar en donde se depositaban los ídolos; y el 3.º el sitio de la sepultura abierto casi siempre en las entrañas de la tierra. De los Egipcios se comunicó á los demás pueblos con más ó menos variantes esta traza de monumentos funerarios.

Pero es el caso que tal forma típica de monumentos funerarios ya era muy conocida desde muy antiguo en estas regiones del Occidente de España, sin más que diferencias accidentales. Así, en lugar de mármoles ó granito, se empleaban grandes losas en bruto clavadas en el suelo y rodeadas y cubiertas por otras piedras, tierra y escombros; en vez de afectar la forma piramidal, tomaban la semiesférica. Muchos son los monumentos de esta clase que se conservan aún en nuestro país, y que todos conocemos con los nombres de *arcas*, *mámoas* ó *minas*. No necesitaron, pues, los indígenas buscar en lengua extraña un vocablo adecuado para designar el monumento sepulcral del Evangelizador de España; lo tenían en su propia habla; únicamente para denotar la materia de que en parte estaba formado añadieron á *arca* el calificativo de *marmórica* ó *mar-*

mórea. Esta fué la frase que empleó San Isidoro (1) para declarar el sitio en que yacía sepultado nuestro gran Apóstol.

No es esta ocasión para detenernos á investigar y exponer todas las vicisitudes porque debió pasar el mausoleo de Santiago; sólo recordaremos que, abandonado y olvidado al poco tiempo, merced á las persecuciones de los Gentiles, fué providencialmente descubierto á principios del siglo IX medio soterrado y oculto entre la maleza. Tan pronto como D. Alfonso el Casto tuvo noticia del hallazgo, se personó en el sitio, y siguiendo la costumbre de aquellos tiempos, hizo construir en memoria de la Santísima Trinidad, tres oratorios, ó pequeñas iglesias, dedicadas, la una al Salvador, la otra á Santiago, y la tercera á S. Juan Bautista. La dedicada á Santiago debió ser el mismo monumento funerario en que se hallaban sepultados sus Restos; el cual, reparados los desperfectos ocasionados por el tiempo, podía servir perfectamente de oratorio, según eran los que se estilaban en aquella época.

A fines del mismo siglo IX D. Alfonso III deshizo en parte las tres iglesias, ó más bien capillas, levantadas por su antecesor, y en su lugar trazó una basílica, que en su recinto comprendía las tres iglesias anteriores. Este nuevo templo tenía dos ábsides ó presbiterios; uno

(1) En su tratado *De ortu et obitu Patrum*, en donde hablando de Santiago Zebedeo dice: *Sepultus in arca marmórica*.

central que venía á ser el mismo monumento sepulcral de Santiago, y otro detrás de éste, ó al Oriente de éste, dedicado al Salvador (1).

Al cumplirse justamente un siglo, el templo de Don Alfonso III fué en su mayor parte destruído y arrasado por las huestes de Almanzor. Pasada la tormenta, Don Bermudo II y el venerable Prelado San Pedro de Mezonzo lo levantaron de nuevo; pero siguiendo el mismo trazado y la misma disposición que tenía la edificación anterior.

En todas estas destrucciones y renovaciones es de creer que desapareciesen los muros del mausoleo del Apóstol, y que no quedase más que el pavimento y la cimentación del edificio (2); mas es de advertir que este pavimento se hallaba á más de un metro sobre el nivel del terreno.

En el último tercio del siglo XI el Obispo Don Diego Peláez emprendió la construcción de la Basílica actual, que terminó Don Diego Gelmírez el año 1118, después de cuatro decenios de incesantes trabajos. En esta última edificación se respetó lo que aún restaba del antiguo

(1) Este ábside posterior era el en que oficiaba la Comunidad benedictina de Antealtares, la cual, de esta circunstancia, recibió dicha denominación.

(2) De este pavimento aún se hallaron restos considerables durante las exploraciones hechas en el año 1879 debajo del Altar mayor. En los *Recuerdos de un viaje*, pág. 71, puede verse el dibujo que formaba un trozo del pavimento de mosaico.

monumento funerario, el cual quedó incluido dentro del presbiterio, cuyo pavimento era media vara más alto que en la actualidad. Debe tenerse presente que este pavimento se rebajó y se dejó á la altura que hoy día tiene, hacia el año 1668, cuando se revistió y reformó la Capilla mayor.

En tal estado permanecieron los restos del antiguo mausoleo hasta el año 1879, en que tuvo lugar el venturoso hallazgo que ha dado margen á estas líneas. Entonces hubo necesidad de aprovechar el local y los muros que aún nos quedaban; lo cual todo se reducía, según ya hemos indicado, á la cimentación del antiguo monumento funerario. Gracias á la profundidad que alcanzaban estos cimientos (1), pudo descombrarse y excavar-se entre ellos el espacio suficiente para hacer la cripta actual; de modo que lo que en un principio no era más que zócalo ó basamento, se convirtió ahora en cavidad subterránea.

Colocada, por fin, la Urna de las Santas Reliquias en esta cavidad, y próximamente en el mismo sitio que había tenido el primitivo sepulcro del Apóstol, se hacía preciso decorar ya de un modo definitivo aquel sagrado recinto; y á esto fué á lo que se encaminaron las obras practicadas últimamente.

Fácil era, teniendo en cuenta lo que nos enseñan la

(1) Un metro y cincuenta centímetros por término medio.

tradición y los antiguos monumentos, idear la traza y composición que debía darse á dicho decorado. En una miniatura del Tumbo A de esta S. A. M. I., obra bellísima de la primera mitad del siglo XII, aparece bajo un arco el sepulcro de Santiago con los de sus dos discípulos San Atanasio y San Teodoro (1). La frase sacramental que empleaban los diplomas de la Edad Media para designar el sitio del sepulcro del Apóstol era la de *sub arcis marmoricis, arcis marmorice* (2), derivada sin duda de la *arca marmórica* de San Isidoro.

Estos datos eran lo bastante para trazar una composición propia y adecuada, presentando bajo arcos (figura 8) la Urna sepulcral del Apóstol. Y como esta representación lleve naturalmente la idea al tiempo del primitivo hallazgo del sepulcro de Santiago, es decir, á los comienzos del siglo IX, era consiguiente que la obra revistiese las formas características del estilo románico-bizantino del segundo período.

Por la estrechez del local (3) la obra tenía que limitarse á revestir de placas de mármol la parte de los muros antiguos que rodea el hueco en que se halla la Urna, dejando descubierto lo restante para que pudiera apreciarse la estructura de la primitiva edificación. Para proceder con orden, describiremos separadamente

(1) V. *Recuerdos de un viaje*, pág. 72.

(2) Véanse los *Apéndices* del tomo XIX de la *España Sagrada*.

(3) Mide sólo 3'50^m de ancho por 1'30^m de fondo.

los diversos miembros de que se compone la parte decorada, á saber, la techumbre, la pared del fondo y las laterales, y el frontal, teniendo en cuenta que todo este espacio nuevamente revestido, se halla dividido en tres compartimientos ó camarines de planta cuadrangular,

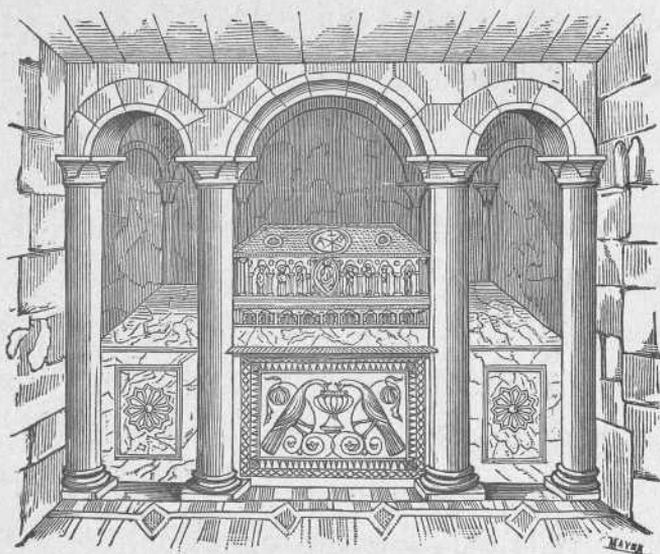


FIG. 8.—Alzado y vista geométrica de la cámara en que se guardan las Reliquias del Apóstol Santiago.

que corresponden á los tres arcos construídos en el año 1879 para sostener el pavimento de la Capilla mayor.

La techumbre del compartimiento central figura una cúpula ovalada, rodeada de un cable, cuyo intradós está adornado de estrías acanaladas que convergen

hacia un botón central (fig. 9). En cada uno de los cuatro ángulos ó enjutas vense esculpidas de relieve dos simbólicas palomas picando en un racimo. Lo que simboliza la paloma en los monumentos cristianos es la sencillez, la pureza, el candor, la dulce concordia. Así



FIG. 9.—Interior de la cámara, en que se guardan las santas Reliquias, visto desde el ángulo de la izquierda.

lo expresó ya San Paulino en las siguientes frases de la *Epístola XXXII*.

Simplicibus produnt regna patere Columbae Dei,
.....
Nos quoque perficies placitas tibi, Christe, columbas,
Si vigeat *puris pax tua* pectoribus.

La techumbre de los dos compartimientos laterales, está formada, como la del compartimiento central, por una lastra rectangular de mármol blanco de Carrara, que mide 1'20^m por 0'90^m. Ambas imitan en su labor la especie de artesanado procedente de la antigua cripta de San Marcos de Venecia (fig. 10), que publicó el malogrado Cattaneo en sus preciosos estudios sobre *L'Ar-*

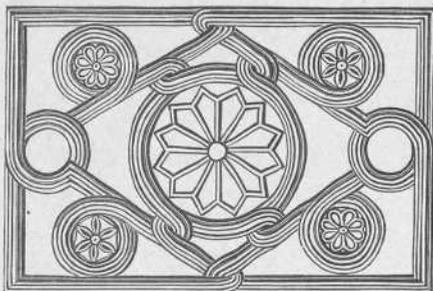


FIG. 10.—Techumbre de los compartimientos laterales de la cámara sepulcral del Apóstol Santiago.

chittetura in Italia (1). Su talla consiste en una franja compuesta de un junquillo entre dos filetes, la cual se mueve, se cruza y se enlaza en tan complicadas combinaciones, que traza en el centro de la lastra un círculo inscripto en un rombo, que á su vez lo está en un rectángulo. En el círculo del centro aparece esculpida una gran estrella de doce rayos. Los cuatro triángulos que

(1) Venecia, 1889, pág. 248.

forman los lados del rombo con los ángulos del rectángulo, ostentan también otros cuatro círculos más pequeños, dentro de los que se ven labradas rosas geométricas.

Tanto la pared del fondo, como las laterales, están revestidas de grandes placas de mármol rojo de Bélgica. En cada uno de los tres compartimientos el fondo hállase adornado de un arco simulado con su correspondiente archivolta y sus medias columnas de rico mármol negro con bellísimas vetas doradas. La archivolta es lisa, y los capiteles son parecidos en su talla á los de la cripta de San Avito en Orleans. Transversalmente están divididos los tres compartimientos por dos arcos del mismo mármol negro con vetas doradas, cuyas enjutas vense perforadas por un trifolio.

Como era natural, el compartimiento del centro, que es el que cobija la Sagrada Urna, se halla más decorado que los laterales. En las enjutas del arco del fondo, dentro de dos círculos perlados se destacan en caracteres griegos dorados las abreviaturas de los dos nombres inefables de *Iesus* y *Christus* (IC.—XC.) Adornan las líneas de los ángulos blancos funículos, como los que tanto se usaron en los monumentos románico-bizantinos de los siglos VIII y IX.

En el frontal, el compartimiento del centro (fig. 11), que es más saliente que los laterales, hállase delicadamente tallado por la mano del hábil marmolista D. Ra-

món Constenla, que dirigió toda la obra, incluso la del Altar mayor. Un marco compuesto de una faja lisa, de un entrelazado, un ovario y un glandario, ó sarta de glandes, rodea un entrepaño cuadrangular, en el cual entre el follaje que nace de dos tallos, que se mueven caprichosamente, se destacan dos pavos reales que están

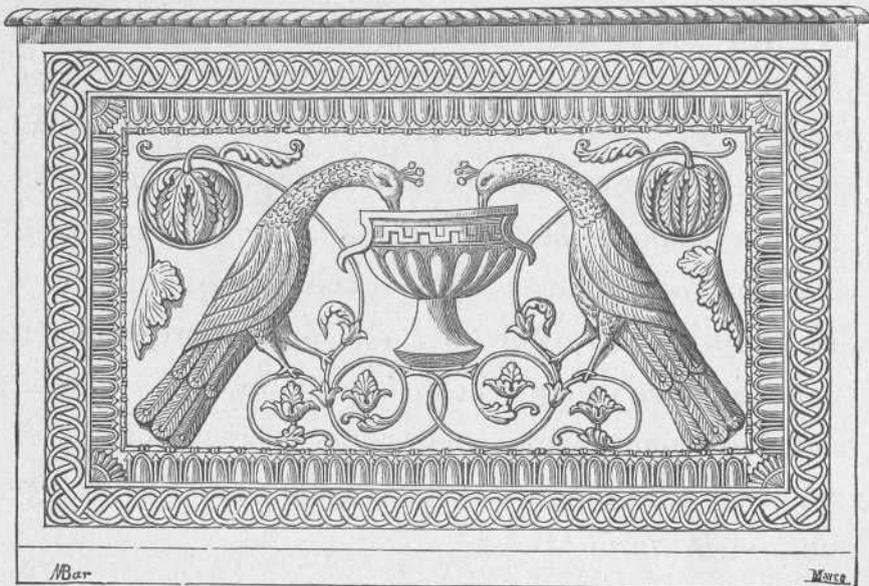


FIG. 11.—Frontal del altar sobre que reposa la Urna de las Reliquias del Apóstol Santiago.

bebiendo en una copa. El simbolismo de esta composición merece que nos detengamos algunos momentos. En la antigüedad pagana el pavo real era el ave dedicada á Juno. Los Cristianos para nada tuvieron esto en cuenta; pero consideraron el hermoso y brillante

plumaje de dicha ave como emblema de las dotes del cuerpo glorioso, y por consiguiente hicieron del pavo real un símbolo de la inmortalidad (1). Mas aquí no sólo se halla representada esta incomparable prerrogativa, sino lo que es su causa eficiente, á saber, el manjar celestial y divino. Por esta razón se hallan los dos pavos reales gustando el suave néctar en una misma copa; la cual significa en primer término lo que es alimento y sostén de nuestra inteligencia, la fe. *El que en mí creyere, tendrá la vida eterna*, dice el Señor en el Evangelio de San Juan (2). Otro manjar más material, pero igualmente eficaz y productor de la vida eterna, simboliza la copa. *El que coma mi cuerpo y beba mi sangre*, añade el Señor en el mismo Evangelio, *tendrá la vida eterna* (3). Y aquí la representación del cáliz tiene una aplicación especial; porque recuerda aquellas palabras, que en ocasión solemne dirigió el Salvador á Santiago y á su hermano: *Mi cáliz lo beberéis sin duda* (4).

En los frontales de los lados también se ve un marco con varias molduras lisas, que rodea un entrepaño movable que por medio de bisagras puede abrirse y cerrarse como una pequeña puerta, y en el cual se des-

(1) Véase Barbier de Montault, *Traité de Iconographie chretienne*; París, 1890; tomo II.

(2) VI, 47.

(3) VI, 55.

(4) *Calicem quidem meum bibetis* (S. Mateo XX, 23).

taca perfectamente tallada una hermosa estrella (figura 12). Ambos son, como el del centro, de mármol blanco de Carrara.

En el año de 1886 hízose provisionalmente un pedestal de madera para que sirviese de asiento á la Urna de las Santas Reliquias. Este pedestal hubo de ceder

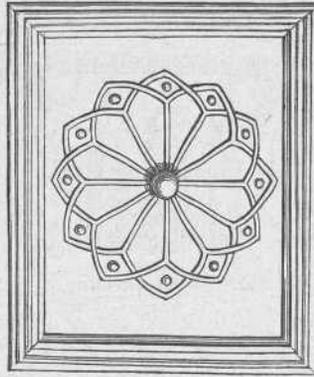


FIG. 12.—Entrepaño movable que cierra las credencias del altar de la cripta.

ahora el lugar al que se fundió en bronce en la fábrica del Sr. Alemparte, de Carril, y que repasó con el cincel el platero de esta ciudad D. Ricardo Martínez (1). La composición está tomada de un hermoso friso que

(1) En el deseo de obtener en la fundición un bronce que ofreciera un tono propio y armónico, se tomó el metal necesario de la gran plancha que en otro tiempo cubría la sepultura del ilustre Arzobispo D. Juan de Sanclemente. Diríase que una especie de sino providencial trató de enlazar con la del Santo Apóstol la memoria de este insigne Prelado. Él fué quien ocultó sus Restos á fines del siglo XVI. En el año 1879, en la noche venturosa (28 de Enero) en que tuvo lugar

perteneció á la antigua Catedral de Grado, cerca de Venecia, y cuyo dibujo dió Cattaneo en la obra citada (1). Compónese el frente de once arcos ciegos, sostenidos por columnas adornadas de estrías en espiral. Las archivoltas, á excepción de una que se ve adorna-

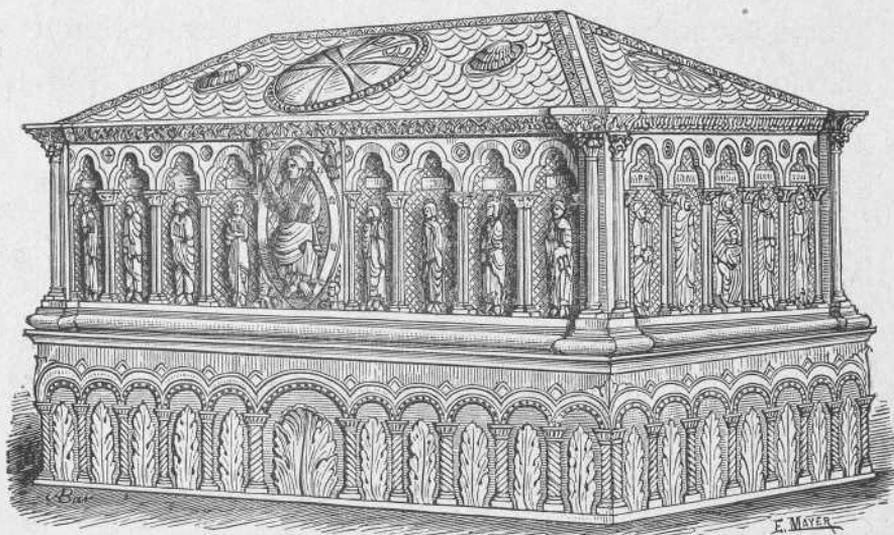


FIG. 13.—Urna de las Reliquias del Apóstol Santiago y sus dos discípulos San Teodoro y San Atanasio.

da de dentículos, están formadas de molduras lisas (figura 13). En los entrepaños cerrados por los arcos, se

el descubrimiento del sagrado Depósito, para tapar y sellar el pozo, en cuyo fondo yacían las Venerandas Reliquias, se echó mano de una lápida de bronce, que fué lo primero que se halló más á propósito para el caso. Después se vió que aquella lápida era la del sepulcro de D. Juan de Sanclemente. Y ahora sobre parte de esta misma lápida descansan los Restos, que tanto amó y veneró el eximio Prelado.

(1) Pág. 240.

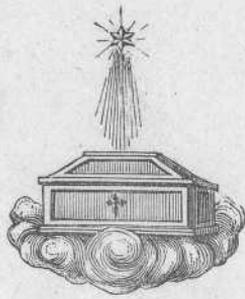
destacan de relieve hojas de acanto silvestre, y entre arco y arco se ve apuntar una como hoja de planta acuática. La ornamentación de los lados es en todo semejante.

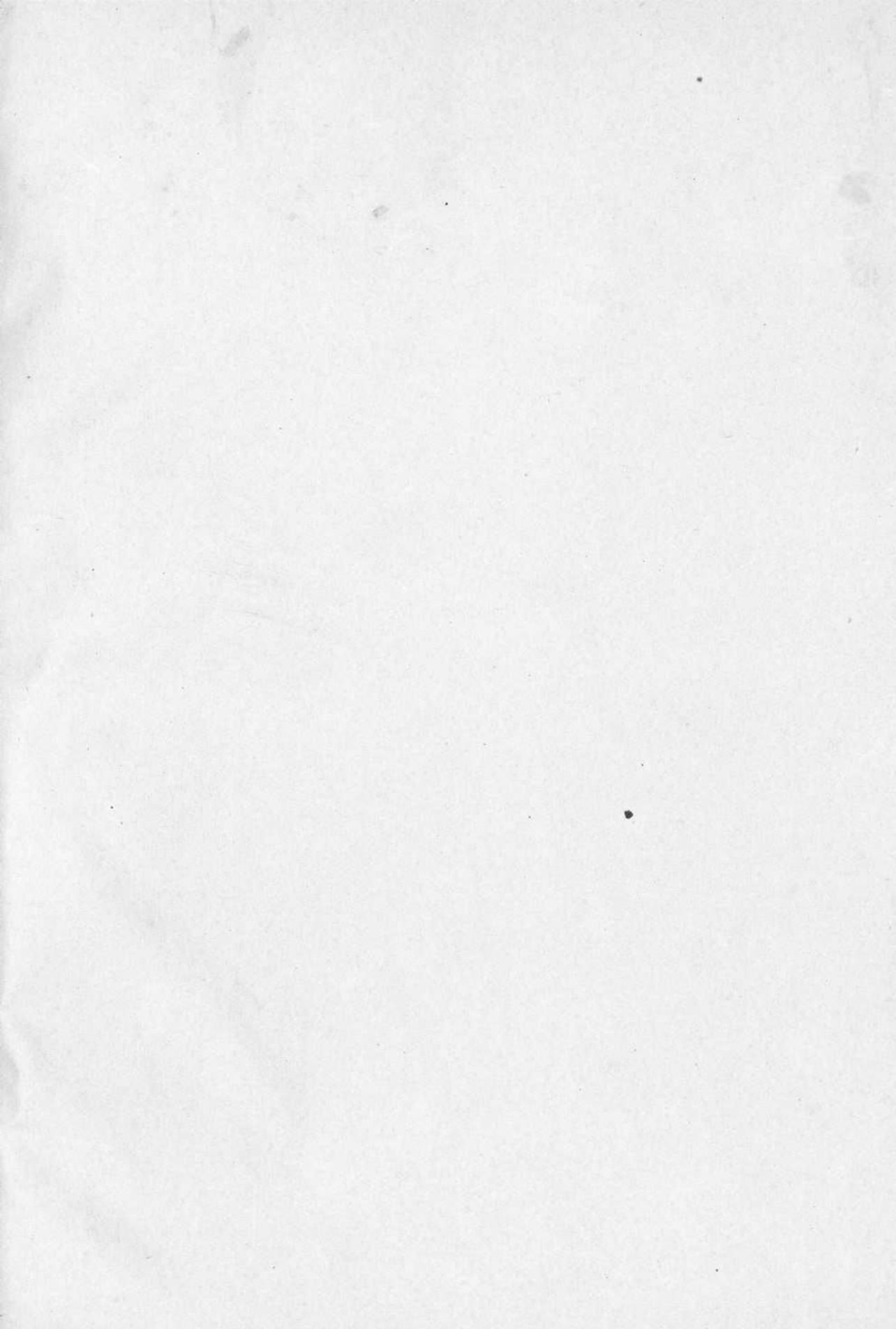
Tal es el decorado con que acaban de revestirse aquellas paredes, que son como los cimientos históricos de nuestra fe. Nuestro celoso Prelado el Excmo. y Reverendísimo Sr. Dr. D. José Martín de Herrera, emulando la piedad y devoción de los Discípulos del Apóstol, San Teodoro y San Atanasio y de acuerdo con el Excmo. Cabildo, quiso que el monumento funerario elevado á la memoria del Evangelizador de España, saliese de su oscuridad, brillase en nuestra época con nueva luz, y apareciese digno del objeto á que estaba destinado. Y el día 2 de los corrientes (2 de Mayo de 1891), fecha memorable para nuestra nación, puso el sello á las obras de la cripta consagrando la mármorea ara sobrepuesta á la que, como hemos dicho, se bajó del altar mayor.

¡Extraña coincidencia! La primera manifestación de las Reliquias de Santiago, ocurrió cuando España yacía postrada y abatida soportando ominoso é inexorable yugo. La segunda tiene lugar cuando nuestra Península, lo mismo que toda Europa, se ve amagada de una formidable crisis, que amenaza hacer saltar el edificio social. De la primera prueba salió España vencedora y triunfante, y su gloria traspasó los confines

del viejo continente. ¿Cuál será la suerte que le está reservada en la segunda? De todos modos, ya sabemos cuál es el refugio seguro de nuestro mayor tesoro, del tesoro de nuestro amor y de nuestras creencias. Sólo resta, que postrados ante esta *Arca* providencial exclamemos con el mismo fervor con que no há muchos días lo hacían unos pobres jornaleros navarros: *Perdámoslo todo, oh! Santo Apóstol; pero no perdamos la fe!*







MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. <u>325</u>	Precio de la obra
Estante . <u>98</u>	Precio de adquisición ..
Tabla ... <u>2</u>	Valoración actual.
Número de tomos.	

